

PALABRAS EN RECUERDO DE HANS NIEMEYER FERNÁNDEZ

Los arqueólogos de mi generación que fuimos sus alumnos siempre creímos saber todo acerca de él, pero mucho de este “conocimiento” era limítrofe con la fantasía. Esto tiene una explicación, pues don Hans fue un arqueólogo de primera generación. El perteneció a ese selecto grupo de profesionales que dieron origen a la arqueología en nuestro país. Para quienes fuimos sus alumnos, sus colegas y amigos, don Hans Niemeyer forma parte de una mitología de respetabilidad no sólo por su obra, sino también por su incondicionalidad hacia las ideas de los jóvenes. Este es un rasgo de su personalidad que siempre deberá ser destacado, pues en nuestro medio es muy sencillo ser víctima de la tiranía de alguna idea preexistente. Nunca podré olvidar, durante el periodo en que fue director del Museo Nacional de Historia Natural, las enormes dificultades que debió sortear para apoyar nuestras Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia. Sin su entereza y fuerza de voluntad jamás habríamos podido lograr nuestro propósito.

La obra del profesor Niemeyer es suficientemente conocida, pero no está demás señalar su importante contribución en el origen de los estudios de arte rupestre, campo que es ahora ejercido por un número creciente de especialistas. En más de una ocasión me confesó lo difícil que fue para él sostener sus investigaciones, pues muchos pensaban que era un ejercicio inútil y una pérdida de tiempo. Con seguridad sus críticos pensaban en la interpretación, asunto que para don Hans tenía poca importancia. Él prefería los hechos crudos sin preparación alguna. Sin embargo, sus resultados no fueron sólo producto de su pasión de naturalista, alguien que desea ofrecer a su comunidad un hecho nunca antes visto, sino también la pasión del explorador al que sólo importa los desafíos que impone la naturaleza.

Don Hans amó profundamente esas obras de arte rupestre que pacientemente registró por todo el país, nunca dejó de conmoverse ante la belleza, pues él supo reconocer perfectamente que tras cada uno de estos acontecimientos habitaba un gesto poético. Esa forma de expresión que por su propia textura llena de alegría ese rincón que algunos designan como el alma, pero que otros nos contentamos con llamarla simplemente vida.

Francisco Gallardo I.